

LAS MONTAÑAS DE LA FE

1 - Creer o no creer

“Tenemos que creer, pero sin estar convencidos de lo que creemos”

Si la expresión bíblica dice que “la fe mueve montañas” es sólo porque sabemos perfectamente bien que *las montañas* no las podemos mover. Y sin embargo, tras su aparente obviedad, es esta misma postulación la que sirve para decir que esas mismas montañas -las que son imposibles de mover- pueden ser “movidas”, justamente, por la fuerza de la fe.

Si partimos de esta aclaración, totalmente imprescindible tras su aparente intrascendencia, es para poder comprender el hilo de los argumentos que desarrollaremos a continuación.

Será pues esta primera conceptualización de aquí en adelante nuestra lógica y nuestro punto de partida, el mascarón de proa a utilizar a lo largo del trabajo, como faro y guía de nuestra investigación. Comenzaremos pues con la formalización de la primera idea: si partimos de ser ganadores y estamos *convencidos* de poder mover montañas, seguramente no las moveremos, pues no tendríamos la *fe* -ni la fuerza necesaria que de ella nos viene- para realizar una proeza de semejante magnitud. Para poder mover “montañas” es preciso *creer* que podemos moverlas, creer que *es posible* moverlas. Sin embargo, si partimos del *convencimiento*, de la *certeza absoluta* de que sí podemos hacerlo, entonces, como un destino inexorable, estamos condenados a no moverlas jamás.

Hay aquí, en el seno de lo que acabamos de decir, algo que es muy cierto: como primer medida, para poder mover una piedra gigante tenemos que reconocer previamente nuestra imposibilidad para poder hacerlo. La dialéctica aquí es constante e inequívoca. No olvidemos que, según el dicho, *el poder* -el que mueve las montañas- siempre “surge de la fe”, y ésta, de aquello en lo que creemos fervientemente como un acto imposible, pero al mismo tiempo de *posible realización*. De allí que la fuerza que necesitamos para mover la montaña podamos obtenerla únicamente del reconocimiento de nuestra debilidad, y de ningún otro lado. Pero debemos hacernos aquí la pregunta de rigor: ¿de dónde surge este poder tan extraordinario y asombroso que se oculta en la fe? No olvidemos que ella tiene el poder de mover “montañas”. Es tan inmenso el poder que tiene la fe que -según el dicho- no sólo se puede mover una montaña, ¡se puede mover muchas montañas! ¡Se puede mover montañas enteras! Y sólo con tener fe.

Muchas veces se toma a la confianza como sinónimo de fe, sin embargo, la fe es para uno, porque pone en juego un solo lugar (el de uno); en cambio la confianza siempre juega con la dualidad confianza-desconfianza, por eso es aplicable al dos (al otro). La confianza lleva implícito su lado opuesto, que es la des-confianza, a diferencia de la fe, que no abre ningún otro espacio complementario, porque no viene a complementar (a tapar o cubrir) algo que falta, sino a suplementar la misma falta, que falta. Está la fe o está la no-fe. Se puede ser un hombre “de fe” o un hombre “de poca fe”. Pero sin lugar a dudas, la fe es algo que se tiene o no se tiene. Bajo esta mirada, es difícil igualar ambos conceptos, por algo se dice habitualmente que “se tiene fe en Dios” y “confianza en el hombre” y no al revés.

Alguien dijo alguna vez que “para acceder a la flor del conocimiento tenemos primero que reconocer la raíz de la ignorancia”, y no se equivocó. Porque si ya creemos que sabemos *todo* cuando en realidad no sabemos nada, nunca despertaremos el deseo de saber algo nuevo. Lo mismo ocurre en la medicina; es imprescindible que el médico reconozca cuáles son las heridas del paciente para luego empezar a curarlas. Y lo mismo ocurre con la fe: primero tenemos que reconocer que podemos mover la montaña para luego poder moverla. Tenemos que creer que podemos hacerlo -para poder hacerlo- pero sin llegar al punto de convencernos totalmente de que vamos a hacerlo. Pues está dicho: “los caminos se abren cuando creemos y se cierran cuando estamos convencidos”.

Para entender esto partamos primero de un lugar: *convencimiento* y *creencia* no son la misma cosa. Con el *convencimiento* surge la *certeza* de que “o todo es posible o todo es imposible” no hay término medio, es la dialéctica del neurótico: está convencido de que puede hacer todo o está convencido de que no puede hacer nada; en cambio, con la *creencia*, siempre ha de quedar la *duda* de si “es posible o no es posible hacer algo”. He aquí el quid de la cuestión con respecto a la fe, pues si ya estamos convencidos de antemano de que es perfectamente posible mover una montaña, con nuestra fuerza interior, ¿para qué demonios necesitamos del poder de la fe para hacerlo?

Lo cierto es que *hay que creer*, y al mismo tiempo, *no estar convencido* de lo que creemos. Lo que queremos decir es que con la fe, la certeza es *relativa*, y con el convencimiento, *absoluta*. La fe aparece con el reconocimiento de la propia falta (que no es la falta de fe sino la falta que pone en juego la propia fe); en cambio, el convencimiento aparece porque lo que hay previamente es la negación de la falta, que es otra cosa.

Lo que se manifiesta con la fe es la idea de lo posible en lo que, a simple vista, parece imposible, es decir: *la certeza de que hay una falta*, una posibilidad abierta y concreta de que algo se puede lograr o conseguir -si se hace algo al respecto, claro está-, pero no si pasar antes por la incertidumbre de no saber si es posible o no llevarlo a cabo; mientras que con el convencimiento absoluto lo que queda articulado es la ilusión de completud, es decir: *la certeza de que no hay grietas ni resquicios* en lo que voy a hacer, porque ya sé que es totalmente posible hacerlo. Por eso cuando se tiene la certeza de que no se va a fallar, inexorablemente se falla; y cuando se tiene la duda de que se puede fallar, casi nunca se falla.

Por lo expuesto hasta el momento pareciera que la duda y la fe van aquí por caminos diferentes, pero no es tan así. Contrariamente a lo que muchos puedan creer, tener fe no es tener una certeza de algo, muy por el contrario. Se tiene fe sobre algo que, en realidad, no se sabe bien si puede ocurrir o no. Se tiene fe sobre algo que, a simple vista, parece de utópica realización, pero que en el fondo uno se sabe perfectamente bien que no lo es, pues si fuera de veras irrealizable, como ya dijimos, no se estaría pensando en ello porque no cabría ni la más remota posibilidad; claro, a menos que hablemos de alguien que está fuera de sus cabales y piensa que puede hacer cualquier cosa. Pensemos en el caso de los médicos, por ejemplo, ellos no resucitan a los muertos porque saben que es imposible volverlos a la vida, pero sí se esfuerzan por ayudar a los que están agonizando porque saben que es posible salvarlos de la muerte.

El talento y las virtudes reales nos llevan muchas veces a pensar y a autoconvencernos de que vamos a triunfar en lo que queremos hacer, pero no sólo eso, también nos llevan de antemano a sentirnos victoriosos cuando todavía no lo somos, porque aún no hemos hecho nada especial para lograrlo. El

problema del que se sabe talentoso es que se cree ganador y canta victoria antes de tiempo, y es eso mismo lo que lo vuelve vulnerable y abierto a perder siempre. La dialéctica nunca falla: el que cree que va a ganar termina perdiendo, y el que cree que va a perder sale victorioso. Generalmente el que parte de ser perdedor, tiene más chances de poder ganar que aquel que se siente ganador desde el principio. Por una razón muy precisa: el *engreimiento* es producto de un “*encreimiento*”; no de ser un engreído, sino de ser un “*encreído*” (un creído en sí mismo).

2 - ¿Imposible o imposibilidad?

“*Dadme la fe como punto de apoyo, y moveré montañas*”

Si partimos de reconocernos *perdedores* ante la montaña -perdedores en el sentido metafórico, como imposibilitados para moverla- pero contamos con un punto de apoyo real, tal vez podamos sacar de la fe esa la fuerza descomunal que se requiere para hacer posible lo que en un principio *se ve* como imposible -moverla en sentido literal-. Porque eso es lo que ocurre cuando hablamos de la fe: confundimos la montaña real o literal con la montaña ideal o metafórica, y así como tomamos a la imposibilidad real (la de mover las montañas de piedra) como lo que realmente es, un imposible, tomamos a imagen y semejanza de esta imposibilidad lo que tiene afuera, solo *la apariencia de imposible* (mover las montañas que están en nuestra cabeza: las montañas de ideas, de prejuicios, de miedos, etc.) pero como una imposibilidad *real*; y es allí, justamente, cuando perdemos la fe y se nos hace imposible de verdad mover un sólo pensamiento.

Por alguna razón desconocida para nosotros, la fe nos da la fuerza y el valor de hacer cosas que pensábamos que eran inconcebibles. Pero muchas veces, la necedad y la ceguera nos hacen creer que podemos mover montañas reales (las que están en la naturaleza, las que de verdad son imposible de mover) cuando lo que sólo podemos hacer es mover las montañas imaginarias (las que *parecen ser* imposibles, las que se erigen en nuestra mente como enormes e insuperables impedimentos).

No hay que confundir *lo imposible* con lo que *parece imposible*. Lo imposible ES IMPOSIBLE, y lo es para todo el mundo, y lo que parece imposible es apenas una IMPOSIBILIDAD, y lo es sólo para mí. La imposibilidad (lo no-posible) lleva implícita la posibilidad misma (lo que es posible) pero en forma negada o encubierta, pues lo que nos muestra es la dificultad para hacer posible algo. Por eso la imposibilidad no es algo imposible, es algo que solamente *parece* imposible.

Bajo el pensamiento de esta lógica, mover montañas imaginarias es una simple imposibilidad. Pero si tengo la certeza de que no es así y me parece que es imposible, entonces equivoco y me convengo de que no puedo mover montañas imaginarias, cuando hacerlo sería para mí totalmente factible. Por eso, fracaso al intentarlo. Mover montañas reales es un imposible, pero si tengo la certeza de que no es así y me parece sólo una mera imposibilidad, entonces equivoco y me convengo de que puedo mover montañas reales, cuando hacerlo me es completamente irrealizable. Por eso, fracaso nuevamente.

Como acabamos de ver, no es lo mismo que no pueda hacer algo porque es imposible de hacerse (como es mover la montaña real) a que algo sea imposible para mí porque *soy yo* el que no puede hacerlo (como es mover mi montaña de pensamientos, por ejemplo). Esto es producto de una inversión

espacial: para el neurótico siempre es más pesada la maraña de pensamientos que se erige en su cabeza que la montaña que se alza en la naturaleza.

Si esto es así, será únicamente porque partimos de saber o de tener el convencimiento de que *no podemos hacerlo*, pero si la empresa que pretendemos realizar no es en sí misma un imposible, como ya dijimos (porque si es imposible, *ES imposible*), y sólo se nos presenta como una “imposibilidad” transitoria, o sea, como algo que sólo tiene en nuestra mente *apariencia de imposible*, entonces sí es posible mover montañas. Claro, siempre y cuando pensemos en el diagrama del Tao, imaginemos una vara cruzando entre cada uno de los círculos pequeños y, digamos como Arquímedes: “Denme un punto de apoyo y moveré el mundo”. A lo que agregaríamos nosotros: ¡Con todas las montañas incluidas en él!

Bajo la singular visión de Arquímedes el mundo no parece ser un objeto imposible de mover. La famosa expresión del matemático griego va más allá de lo planteado hasta aquí y pareciera redoblar la apuesta del refrán religioso: si con la fe podemos mover hasta las montañas, con un punto de apoyo, ¡podríamos mover el mundo!

A todas luces comprendemos que “moveré el mundo”, como dice Arquímedes, no debemos tomarlo literalmente como un imposible, sino, como venimos diciendo, como metáfora de lo que *parece* un imposible. Lo que Arquímedes trata de decirnos con esta expresión es que todas las cosas requieren de un punto de apoyo para poder ser movidas, para que anden. Encontrar ese lugar de apoyatura es lo que nos daría la posibilidad de hacer cosas increíbles, impensadas. Tal es el convencimiento del científico que, para graficarnos la idea que él tenía del movimiento, no tiene inconvenientes en utilizar como ejemplo una metáfora desorbitante, absoluta, casi infantil, imposible hasta de imaginar, con la sola intención de mostrarnos el enorme potencial que hay oculto en el hombre, y hasta qué punto podemos llegar a hacer cosas que creíamos imposibles de hacer, cosas que jamás soñaríamos que pudiéramos realizar. Según Arquímedes, el enorme poder que representa la sola presencia de ese punto de apoyo, utilizado inteligentemente, es muy superior al poder que brinda la fe. La fe está relacionada con lo subjetivo, con lo abstracto, pero un punto de apoyo es algo bien concreto, y permite establecer la referencia en el espacio.

Ahora bien, si cruzamos la reflexión del hombre de ciencia con la expresión del religioso y tomamos a *la fe como el punto de apoyo* -como una forma de objetivar su misma abstracción y bajarla al plano de lo concreto-, entonces la fe no solo servirá para mover montañas o mundos, sino para mover *la visión* que tenemos de “nuestro” mundo. No olvidemos que hubo una época oscura de la humanidad en que “el mundo” estuvo más de catorce siglos intelectualmente paralizado (sin que nadie pudiera moverlo de posición), siendo el hombre esclavo de un régimen de ideas ante-humanistas en las que se debían creer por el solo hecho de que el poder de la ideología imperante así lo exigía.

Finalmente, la hazaña que logró torcer el destino de esta historia ocurrió en el Medioevo y fue llevada a cabo por el hombre que se atrevió a proclamar, ante las autoridades de la iglesia y desafiando contra viento y marea la ferocidad de su poder, nada menos que frente a quienes estaban convencidos de estar gobernando en el centro del Universo. Nos referimos pues a la Revolución Copernicana. ¿No es acaso este ejemplo una excelente prueba de lo que venimos diciendo? Aunque parezca increíble es absolutamente cierto: Efectivamente, ¡Copérnico movió la tierra de lugar! Y lo hizo, literalmente, en su gran obra “*De revolutionibus*”. El fue el primer científico que cambió para siempre la concepción del sistema planetario, provocando la mayor revolución que ha conocido la Historia de la Humanidad.

Todos sabemos que en la Edad Media se creía que nuestro planeta estaba inmóvil y el sol, la luna y todos los planetas y las estrellas eran simples hormigas dentro de un espacio infinito. Fue Copérnico quien exclamó exultante, desde una ciudad perdida en el corazón de Polonia, y por medio de un libro que Europa esperaba desde hacía treinta años: “¡La Tierra se mueve y el sol está inmóvil!”.

3 - ¿El poder de la fe o el poder del deseo?

“El deseo pone en marcha el poder que propulsa la fe”

Se dice: “la fe surge de la duda o no surge”. Si uno está convencido de algo no duda, pero tampoco necesita de la fe para creer que es posible realizar algo. Cuando uno está convencido tiene la “certeza” - un saber *inamovible* sobre algo- de que puede hacer algo y de que finalmente lo va llevar a cabo con éxito. Pero es justamente ahí donde no cuadra la fe. Pues la fe es necesaria cuando uno *no sabe* o *no está seguro* de poder llevar a cabo lo que quiere hacer. Entonces recurre a la fe. A ese maravilloso poder que de ella emerge, para mantener firme y estable el intenso deseo de realización. Porque con el convencimiento no hay posibilidad de desear nada, porque ya tenemos todo sabido: sabemos que va a ocurrir y sabemos qué va a ocurrir. Es como si nos entregáramos a un destino prefijado o inexorable, donde no hay resquicio posible para que las cosas salgan de una forma diferente a la que ya se han planificado. Sólo el poder que emana de la fe puede abrirle paso al deseo, sosteniéndolo en el tiempo, llevándolo a su completa realización.

Si logro autoconvencerme y alcanzar la certeza en algo que quiero hacer, o bien caigo en el ciego apasionamiento que me conduce a la muerte o bien termino loco y enajenado engañándome a mí mismo con algo que es irreal y, por ende, imposible de realizar por fuera de mi fantasía. Es cierto que del convencimiento surge la certidumbre, pero siempre sin la fuerza necesaria para llevar a cabo el deseo. La sola idea de que “yo puedo hacerlo” es suficiente ya para no poder, para no hacerlo; pues aquí no estamos frente al *deseo*, sino ante una *expresión de deseo*, que no es lo mismo. De la fe, en cambio, se abre *una falta*, y de esta falta se desliza la duda y la incertidumbre de si puedo o no hacer algo con ella. Es de esta misma falta de donde emana también esa descomunal fuerza que necesito para mantener en pie el deseo. Como ya dijimos, la fe lleva implícita la incertidumbre; no la certeza. Y es por esta misma vía de lo improbable, de lo que no se sabe, de lo que queda abierto e insinuado, por donde el sujeto puede abrirse paso en el deseo y contar con ese poder insoslayable sin el cual sería impensable solventar el camino de su realización.

No tiene sentido proponerse nada como desafío si ya de antemano sé perfectamente que voy a poder conseguirlo. Para que su poder se manifieste con total efectividad la fe necesita de la presencia del sujeto, de alguien que sea soporte de ese “estado” mental o espiritual tan particular, pues es la misma incertidumbre que lo atraviesa lo que lo llama a modificar constantemente su posición y a ver las cosas desde un lugar diferente. Si bien la fe torna poderoso al sujeto que la tiene, no lo vuelve súper poderoso.

Superman, por ejemplo, no necesita de la fe para poder mover autos, trenes o aviones; tampoco se cuestiona si los puede mover o no; él simplemente “sabe” que puede hacerlo, por eso lo hace sin problemas. Tal vez para un hombre aguerrido y con mucha fuerza en los músculos podría ser todo un

desafío intentar mover grandes pesos, como de hecho lo hace un levantador de pesas, pero no para un poderoso superhéroe. Un hombre forzado sí tendría que *creer* que puede levantar un auto o arrastrar un vagón de carga con su sola fuerza muscular, y tal vez recurra a la fe como un modo de obtener un extra de fuerza que le ayude a cumplir su objetivo. En cambio, Superman no duda a la hora de hacer fuerza, ni se pregunta si podrá hacerlo o no. Él tiene la certeza de que sus brazos son capaces de realizar proezas extraordinarias, porque para eso está dotado de una fuerza sobrehumana. Claro, no fracasa nunca porque es un ser que no es de este planeta, si fuera un ser humano como cualquiera de nosotros con seguridad fracasaría en cada intento, como fracasa siempre Clark Kent, su contraparte humana.

Contrariamente a lo que le pasa a Superman, para el hombre común el desafío de poner en juego la fe consiste en sacar fuerzas de la nada y enfrentarse a lo incierto de una situación con el espíritu entero y el deseo fluyendo como las aguas de un río. En este mismo acto se encuentra la grandeza del hombre común, en la posibilidad de dar lo mejor de sí en los momentos más difíciles de la vida. Es una *decisión* la que hace que la fe empiece a funcionar, y esa misma decisión es la que nos vuelve débiles o fuertes, la que nos hace vivir o encontrarnos con la muerte. Por eso se habla de “el acto de fe”. El mecanismo que pone en marcha la fe se activa en el mismo momento en que decidimos a hacer algo desde un lugar diferente. Más precisamente, cuando podemos estar en el mismo lugar desde otro lugar.

La fe es esa intención inflexible que nos permite seguir adelante cuando uno cree que ya no puede avanzar. La que nos hace continuar la lucha cuando uno piensa en bajar los brazos. La que nos proporciona la fuerza y la vitalidad para poder hacer algo, justo ahí, cuando creemos que ya no podemos y, sin embargo, podemos.

Y aquí recobran sentido los versos del poeta:

“No te des por vencido ni aun vencido;
No te sientas esclavo ni aun esclavo;
trémulo de pavor, piénsate bravo,
y acomete feroz, ya mal herido”.

Que “tengo fe” quiere decir que “voy a lograrlo”, pese a no saber con exactitud si podré hacerlo o no. El saber que nos conduce a la realización del deseo no está en la conciencia; está en el inconsciente. Y es ese mismo saber inconsciente el que, volviéndose cognoscible al sujeto, se presenta en la conciencia bajo la forma de la duda o la incertidumbre, brindándonos en lo interior la seguridad que necesitamos para seguir adelante y llegar a la meta. Ese destino que pone en juego el deseo, el sujeto lo canaliza bajo el semblante de la fe.

Como ya dijimos, la fuerza de la fe no nos da un poder sobrenatural ni nos convierte en un hombre superdotado, como el superhéroe norteamericano. La fe no nos dice que podemos mover las montañas que son imposibles de mover (las reales) sino únicamente las que *parecen* serlo (las imaginarias, que para nosotros son tan reales como las montañas reales).

Si tomamos a nuestra montaña de fantasmas como si fuera una montaña real, con seguridad terminaremos convencidos de que es imposible de moverla, cuando en realidad es posible moverla, porque no es la real. Por eso necesitamos de la fe: para hacer realidad nuestros deseos.

4 - ¿Es ciega la fe?

“La ceguera de la fe abre en nosotros otra visión”

Habitualmente asociamos la ceguera con la ignorancia o con algo negativo, pero cuando se aplica a la fe, la potencia. No es lo mismo decir “tiene fe”, que decir, “tiene una fe ciega”. En este caso, la ceguera le da fuerza a la fe; la incrementa. No se trata de la ceguera común y corriente. Esta ceguera es la que permite Ver, pero sólo cuando se tiene la fe suficiente. El hombre que tiene fe es a la vez *vidente e invidente*: no es vidente en el sentido de que no se deja deslumbrar con las visiones que deleitan a los ojos mundanos, y es vidente porque puede ver lo que otros no quieren ver. Si el creyente ve es porque en el fondo desconfía. Y si desconfía, pierde fuerza la fe. Esta suspicacia en la superficie lo único que hace es demostrar que muy dentro suyo existe escondido un gran escepticismo, si no su fe sería “ciega”. Pero, irónicamente, él encuentra seguridad en la inconsistencia de la imagen. No soporta no ver la senda del camino. El pretende saber y calcular todo el tiempo cada uno de los pasos que da o no da, y esto, lo único que prueba es que en lo más profundo de su alma hay oculta una grieta, una duda que destruye en un instante la estructura de la fe. Pues está dicho: “la duda es la negación de la fe”.

La inseguridad interior o inconsciente quiebra el poder de la fe. No se puede transitar un camino desconfiando y mirando de reojo cada uno de los pasos que se intentan dar. Si bien hay que mirar donde se pisa, la visión es interior. Porque el espacio que habitamos y las verdades que buscamos no están afuera, sino dentro de nosotros. Porque se ve con el corazón... y se ve lo esencial... ¡porque es invisible a los ojos!

Cuando uno no puede aferrarse a un intenso deseo se pierde la seguridad en sí mismo. Por lo que uno empieza a mirar con recelo cada camino que intenta iniciar, porque *nunca sabe* si éste es el camino que realmente quiere seguir o si su camino se encuentra realmente en otra parte. Por eso decimos: “el deseo engendra la fe”. Y cuanto más potente es el deseo más ciega se vuelve la fe. De allí que el hombre de fe no necesite ver, porque “ya sabe” que su camino tiene una sola dirección y un solo destino: la realización de su deseo.

Pero, ¿por qué tiene que ser ciega la fe?, como se dice. ¿Para que no vea qué? O para decirlo de otro modo: ¿Qué no hay que ver cuando se tiene fe?

Si ya partimos del convencimiento de que no podemos hacer algo es porque se nos han confundido las montañas y tomamos a la que es imaginaria como si fuera la real y, como dice el dicho, “hasta no ver no creer”, y si creemos es porque ya vimos, y si ya vimos... es porque ya estamos *convencidos* (vencidos-con) lo que vimos. Por esa razón, para salir del convencimiento y pasar al plano de la fe necesitamos permanecer “cegados” a las imágenes que enturbian los sentidos y confunden las montañas.

Si no creyéramos con todas nuestras fuerzas que la montaña que tenemos que mover es imposible de mover, podríamos moverla perfectamente. Somos nosotros los que *la vemos* así, los que *la imaginamos* inalcanzable, intocable, inamovible..., por esa razón nos autoconvencemos de que no podemos hacer nada con ella. En verdad, para poder *moverla* necesitamos no-verla. Porque “verla” ya es verla equivocadamente. Es inventar algo sobre ella que no es. Nosotros no vemos nuestra montaña como

realmente ES -plausible de ser movida-, la vemos como lo que NO ES -inamovible-, entonces caemos en la trampa de lo que nos PARECE que ES pero NO ES. Nosotros mismos elaboramos su apariencia con lo que suponemos de ella, con lo que pensamos que es, pero, en realidad no es.

Si alguien tiene la certeza absoluta de que puede hacer algo (porque a simple vista *parece* fácilmente realizable) es porque ya en su interior hay una grieta, una duda muy precisa que lo lleva a fracasar en el hacer, pues algo muy adentro suyo *ya sabe* que la montaña que quiere mover es imposible de mover, pero aún así lo niega y afirma lo contrario. Pero si alguien tiene la inseguridad de no saber si podrá hacerlo, (porque mirándolo bien *se ve* irrealizable) es porque en su interior ya está funcionando la certeza que le asegura que sí puede, porque muy dentro suyo sabe perfectamente que no es imposible, que si quita de su mente esa valla que lo frena, esa imagen engañosa que le hace creer que no puede pasar y lo intenta, verá que puede mover la montaña que quiere mover.

La fe solo puede sostener esta *convicción interior* por vía de la ceguera -para no ver *lo que parece que es* pero no es-; este *saber inconsciente* que, como la voz de un antiguo Oráculo, brota desde los oscuros fondos de nuestra alma para afirmarnos categóricamente qué cosas podemos hacer (aunque pensemos que no se puedan); y qué cosas no podemos hacer (aunque a simple vista pensemos que si se pueden).

Creemos que no es posible avanzar ciegamente, y sentimos que sino miramos de tanto en tanto hacia delante podemos chocar con cualquier cosa que se nos cruce en el camino. Pero esto no es cierto, hasta los no videntes caminan solos. Si nosotros, que no somos ciegos, necesitamos mirar constantemente hacia donde nos dirigimos es porque todavía no tenemos fe. O por lo menos, no la suficiente como para no depender de lo que vemos, para no andar por la vida tratando de calcular cada uno de los pasos que estamos por dar. Tenemos que comprender que la fe nos hace transitar por un camino diferente, un camino en el que “la visión interior” tiene un papel fundamental a la hora de tener que creer o no creer.

Pues bien, como ya lo anticipamos, para que exista la fe tiene que haber *ceguera*. Pero la ceguera de la visión ordinaria, de la de los ojos que se encandilan con el brillo fatuo que produce en la mente del creyente la superficialidad de las cosas. La verdadera “ceguera” es la que no nos permite ver la energía que malgastamos en refrenar nuestros deseos, ya que, como sabemos, “no hay peor ciego que el que no quiere ver”.

Si vemos nuestra “montaña de sueños” como una enorme e irrealizable quimera, a la que jamás podremos acceder o hacer realidad, entonces, con cerrar los ojos alcanza para derribar esa engañosa visión. Nos cuesta ver la diferencia que hay entre los sueños que son sueños, y los sueños que pueden ser realidad. Porque la misma luz que deslumbra la vista y enardece la imaginación es la que ciega la verdadera visión de las cosas, la que impide bajar a la realidad. Porque con los ojos del ego vemos *lo que nos parece que es* o *lo que quisiéramos que sea*, y con la visión del sujeto, *lo que realmente es*. Para poder ver lo esencial de las cosas es necesario privar al yo de su visión narcisista. Recordemos: el yo nunca ve las cosas como son; el yo ve sólo lo que quiere ver. Indefectiblemente, tenemos que correr el lugar de mira para poder Ver -como vio Calderón de la Barca-, qué sueños, “sueños son”, y qué sueños... son los que “sueños no son”.

Ulises tuvo que taparse los oídos y atarse al palo mayor de su navío para no ser devorado por las sirenas al caer bajo sus hipnóticos cantos. Nosotros, en cambio, pero recurriendo a una treta similarmente metafórica, tenemos que vendarnos los ojos y marchar hacia delante para no ser tragados por los engañosos demonios de la imaginación, cuando el fatal encanto de las visiones nos impida

avanzar y proseguir nuestro camino. Cuando esas barreras invisibles emerjan desde las oscuridades de la conciencia moral, y obstruyan nuestro paso, susurrándonos: “no se puede hacer...”, “no se puede pasar...”, “no se puede llegar...”, “no se puede...”.

No es la ceguera de la fe la misma que la del hombre que la tiene. Cuando la ceguera queda articulada en la fe se abren en nosotros *otros ojos*, unos ojos que los ojos ordinarios no pueden ver, pues con ellos, despertamos. Despertamos a La Vida. Y despertamos para ver más allá de las formas el fondo de las cosas, pues ya se ha dicho: los ojos nos engañan.

Lo que permite ver la ceguera de la fe es la diferencia que hay entre lo imposible y lo que parece imposible. Y comprender que lo que es imposible *es imposible*, y lo que parece imposible *es totalmente posible* y, como tal, *perfectamente realizable*. Claro, para alguien que tiene una fe... “absolutamente ciega”.

Cuando tenemos una fe ciega vemos las cosas con los ojos del espíritu -o del corazón-, porque lo esencial sigue siendo invisible... para los ojos vacíos que ven lo que todos pueden ver: nada de nada.

La fe es una posición respecto de lo que creemos posible o no posible. Nadie intentaría mover una roca que sabe que no puede mover, pero si alguien viera o supiera que esa roca es en realidad de utilería, por ejemplo, entonces sí trataría de levantarla. Lo que está en juego aquí es el concepto de “apariencia”. Si mi montaña tiene apariencia de utopía, entonces jamás podré llegar a ella, pero si tiene la apariencia de ser accesible, entonces será para mí perfectamente alcanzable.

A veces estas posturas se cruzan entre sí y nos hacen confundir, y lo que es imposible de hacer lo vemos como algo realizable, y ahí vamos detrás de una quimera, tratando de cambiar el mundo o cosas así; y lo que es naturalmente posible se vuelve para nosotros algo imposible de realizar, y ahí es cuando no podemos hacer las cosas que siempre queremos hacer, las simples, las que hacen todos cotidianamente: enamorarse, casarse, trabajar, adelgazar, disfrutar, etc etc.

5 - Mahoma, levántate y anda

“Ir o no ir a la montaña, ésa es la cuestión”

Porque ya lo sabemos: “si la montaña no va a Mahoma; Mahoma va a la montaña”. Este viejo dicho expresa claramente todo lo que hemos expuesto hasta aquí: la montaña que no va a Mahoma es la montaña que NO se mueve, la real. Por eso el que no tiene problemas para desplazarse hacia ella es él, el hombre de fe. Mahoma tiene bien clara la diferencia que existe entre la montaña real y la imaginaria, creada por sus dudas, por su profundo miedo a no llegar. La fuerza espiritual que se requiere tener para ir a pie hasta la Montaña Sagrada la obtiene el religioso en el momento en que comprende que lo imposible no es que él vaya hasta la montaña –por mas lejos que quedara de él-; lo inconcebible, en todo caso, es pretender que la misma montaña se mueva ¡y vaya hacia él! Tal vez sea esta la demostración más grande de narcisismo que haya expresado un hombre de fe. Y parece que Mahoma finalmente lo comprendió; pues decide ir él mismo hacia ella y no esperar absurdamente a que ocurra al revés. Y decide emprender el viaje, aun sin contar con la certeza de si tendrá o no las fuerzas suficientes para llegar hasta ella caminando. Pero esa certeza es algo que parece no importarle; pues

parece *no verla*. Y no la ve porque él tiene fe. Y su fe es suficiente para hacerlo caminar. Para llevarlo a donde quiera ir. Para hacer de su más profundo deseo una realidad.

Lo que queda implícito en la primer parte del refrán es la certeza de que la montaña jamás se moverá, y esto es algo que Mahoma ya lo sabe. Por eso, en la segunda parte, decide ir él mismo hasta la montaña y no pasarse toda la vida esperando como un necio a que lo imposible, caiga rendido a su capricho y en un instante se vuelva posible. Porque, aclaremos bien: el deseo no torna posible lo que ya es, por definición, imposible (pues, como ya dijimos, lo imposible es imposible); el deseo hace posible *lo que parece* imposible. Pero esto es así sólo para quien está cegado por la fe -como Mahoma-; para el resto de los mortales que viven sumergidos en el escepticismo, lo que parece imposible *es y será* siempre verdaderamente imposible. El hombre de fe es la excepción a la regla, pues es el único que, apropiándose del deseo, logra hacer posible lo que a todas luces parecía imposible de hacerse. ¿No será éste el sentido más profundo de lo que llamamos *milagro*? ¿Ese poder oculto y emergente que pone en juego la fe?

La obviedad al final abrió los ojos de Mahoma: era más probable que él pudiera ir a la montaña -y tal vez también llegar hasta ella- a que la montaña pudiera moverse y, además, ir hasta él. Mahoma logró separar lo que era absurdo de lo que simplemente parecía serlo. Que un hombre logre caminar semejante distancia hasta su Montaña Sagrada puede parecer algo imposible de realizar, pero si ese hombre tiene fe, y muy dentro suyo acepta que existe la posibilidad de llegar, se puede concebir al menos un resquicio que le permita suponer o imaginar que puede hacerlo, entonces vale la pena que lo intente. Por eso es Mahoma quien *se mueve* y quien va a la montaña, cuando comprende que la montaña nunca va a ir hacia él. Pues es ahí exactamente donde entra en juego la fe. En ese resquicio, en ese diminuto grado de probabilidad que tiene el sujeto para poder creer que es posible hacer algo. Si no hay grieta ni posibilidad de soñar con la realización de algo, entonces no tiene sentido que aparezcan las fuerzas para intentar materializar nada. ¿Para qué? Si no se puede. Si nadie puede.

Es ese mismo Intersticio en el saber (que es un no-saber) el que nos da la oportunidad de dar lo mejor que tenemos, de darlo todo, y tal vez, dar siempre un poco más. Pues nunca sabemos cuánto es lo que realmente podemos dar. Es ahí cuando uno descubre dentro de sí mismo un potencial enorme jamás imaginado, un insospechado caudal de fuerzas y talentos que antes creía inexistentes. Pues es ahí cuando uno empieza “a tenerse fe”. Y tenemos fe porque sabemos que es El Deseo -y ninguna otra fuerza misteriosa- el que puede realizar aquellas cosas que siempre estuvieron dormidas o *paralizadas* en nuestros sueños.

Para dejar de creer que algo es imposible, tenemos primero que dejar de verlo como tal. Entonces podríamos ver que tal vez no era como creíamos que era, que algo diferente puede suceder en el camino, y cuando se instala dentro de nosotros este nuevo convencimiento, es posible que aparezca allí las inesperadas fuerzas que necesitamos para llevar a cabo lo que queremos materializar.

Si la fe es *movilizadora* porque es capaz de mover montañas enteras, puede ser también *movilizante* y cambiar no solo nuestra posición como sujetos, respecto de nuestras propias limitaciones y de lo que creemos que podemos hacer o no hacer en la vida, sino también cambiar la perspectiva que tenemos sobre las cosas que parecen inalcanzables y las que verdaderamente lo son. En fin, una fe ciega es aquella que puede cambiar la posición desde la cual vemos el mundo y a las personas que habitan en él.

Por eso, hay que tener *fe*. Y por eso la fe debe ser *ciega*. Sólo una *fe ciega* puede hacer el milagro de mover las montañas. (No olvidemos que si hay algo de lo que saben los fieles mahometanos es de la fe).

6 - La fe de Alejandro

“No solo tuvo fe en sí mismo, tuvo además la sabiduría de reconocer cuán esencial es reconocer lo no esencial”

El gran Alejandro Magno forjó una fe ciega en su potente y arrasador deseo de ganar o morir. Aclamado como rey soberano, fue sin dudas el mejor exponente en la historia de las guerras de “el hombre de acción”. El marchaba siempre hacia adelante, con una visión aguda y certera como la punta de una flecha, pues en su mente no encajaba la idea de perder ni la posibilidad de echarse atrás. El peleaba para obtener la victoria o la derrota, no tenía medias tintas. Seguramente fue esa misma posición que tuvo siempre respecto de la vida y de la muerte la que lo condujo, casi como un destino inexorable, a tantas y tantas conquistas militares.

Hay una anécdota famosa que el revela el temperamento del joven Alejandro: al llegar a Gordión, ciudad de Asia Menor, se le mostró el famoso “nudo gordiano”, tan difícil de desatar que el oráculo aseguraba que quien lo consiguiera se adueñaría de Asia. Alejandro, sin vacilar, sacó su espada y lo cortó de un tajo. El era así, tenía esa rara capacidad de resolver súbitamente y con inteligencia cada obstáculo que le presentaba el destino.

Se sabe que fue implacable con sus hombres, pero principalmente, lo fue con él mismo. Y tal vez esto se debió a que la distancia que existía entre él y su poderoso deseo de triunfo no era más grande que la del grosor de un cabello.

Alejandro tenía una fe inquebrantable. Nada en el mundo podía hacerlo desviar de su camino una vez que había decidido emprenderlo y seguirlo hasta el final. Él creía que podía vencer y por eso vencía. No estaba *totalmente* convencido, y esa misma pequeña hendidura en la estructura de su fe era lo que le permitía avanzar de un modo avasallante sin retroceder o mirar siquiera hacia el camino recorrido. Por eso quemó las naves, porque él en su pensamiento funcionaba así, no tenía doblez. En su cabeza no cabía lugar para el arrepentimiento. Todas sus acciones estaban dirigidas hacia el frente, ya que una sola cosa lo impulsaba hacia la guerra: su insaciable sed de victoria.

De esa forma de pensar obtuvo Alejandro esa fuerza extraordinaria y esa misteriosa fortuna que siempre lo acompañó. Si él hubiese estado *convencido* de que iba a ganar indefectiblemente cada una de las batallas que emprendía, jamás hubiera tenido la necesidad de quemar sus naves, porque si él sabía con exactitud que iba a regresar felizmente vencedor, ¿para qué iba destruir toda su flota? Si lo hizo fue justamente porque *sabía a la perfección* que el dios de la fortuna no siempre iba a poder acompañarlo y protegerlo en sus batallas, y en ese caso, no soportaba la idea de fracasar, menos aún la de regresar a sus naves solo para esconderse del enemigo, con la humillación de la derrota grabada en su joven rostro de acero. Alejandro prefería morir a regresar con el alma hecha pedazos.

Pero el miedo a la muerte jamás detuvo al poderoso Alejandro. Es más, parecía poder utilizarlo para propulsar con vibrátil apasionamiento su innato de deseo de triunfar. No, decididamente, Alejandro quemó las naves para evitar la tentación de no morir.

No olvidemos que las naves le brindaban a Alejandro y a sus guerreros la posibilidad de solazarse con la idea de salir ilesos de una posible derrota. Con las naves podía escapar, y tal vez, no morir; sin ellas, en cambio, se exponía a hacer de aquella batalla su última batalla. No obstante, esas mismas naves le ofrecían la oportunidad de entregarse en cuerpo y en alma para dar siempre lo mejor de sí mismo, para dar todo lo que tenía para dar, para dar la vida misma si era necesario tener que darla.

Si bien Alejandro era un maestro en el arte de la estrategia militar no podía saber si cada uno de sus ingeniosos planes darían los resultados que esperaba, por lo que el propio acto de quemar las naves puede entenderse como parte de una de sus geniales estrategias. Tal vez como una de las estrategias más visceralmente inteligente. Él no quemó las naves porque estaba convencido de su infalibilidad en la batalla, él se deshizo de ellas para sentirse rodeado de peligro, para sentir el perfume de la muerte circundando a su alrededor, para forzarse a sí mismo y a sus hombres a tener que vencer o morir. Solo poniéndose en una situación en la que estuviera acorralado podía él y sus guerreros dar lo mejor de sí mismos. El sabía que ese resquicio, esa pequeña franja o brecha abierta a sus espaldas para escapar por allí y ocultarse de sus enemigos era en sí misma una trampa mortífera. Era la causa que ponía en juego una derrota segura, pues si de entrada él ya *creía* que tenía que dejar abierta una salida para huir, por si salía derrotado, con seguridad iba a salir derrotado, pues él mismo ya estaba trazando los visos de ese fracaso en su propio pensamiento.

Como vemos, la presencia de las naves aguardando su llegada no podía representar para Alejandro más que una sola cosa: el paisaje de una derrota anunciada. El sabía que las naves sólo podían albergar la idea de fracaso y cobardía. Y el sólo pensar en sus navíos anclados en las costas, esperando cobijar a los futuros perdedores, ya le crispaba los nervios. Bajo ningún punto de vista, él, el Gran Alejandro, iba a permitir que aquellos buques guerreros que tantas veces habían transportado al ejército más poderoso de la tierra se convirtieran, por un miserable terror a la muerte, en “las naves de las ratas”.

Cuando manda a quemar las naves es porque no quería ver hacia dónde podía esconderse en caso de fracasar tras la batalla y tener que huir del enemigo. De ese mismo acto de arrojo y despojamiento supremo, Alejandro obtuvo las fuerzas que lo impulsaron a la lucha y al éxito de cada uno de sus enfrentamientos.

No es cierta la expresión popular que dice: “cobarde que huye sirve para otra guerra”, por la simple razón de que los cobardes no sirven para las guerras. Los cobardes viven huyendo de las guerras. Alejandro nació para el combate, y aún así, ¡no murió en la batalla! Murió en forma repentina en la tranquilidad de su campamento, posiblemente a causa de unas fiebres palúdicas, claro, después de haber conquistado vastos imperios y reinar sobre la mitad del mundo.

El acto de quemar las naves, como una forma de destruir el nido que jamás habitaría y quedar al desamparo, sin un refugio seguro que lo espere tras la suerte de una posible derrota ya fue, para el mismo Alejandro, para ese brillante conquistador de imperios que terminó siendo, el inicio de una gran victoria.

7 - “Quemar las naves”, ¿locura o genialidad?

“Quemar las naves” puede ser la decisión más inteligente o la más estúpida que podamos tomar en la vida”

Si tomamos la proeza de Alejandro como un modelo de ejecución, tenemos que saber cuándo debemos quemar nuestras naves y cuándo no. No siempre es una buena idea quemar las naves. Solo a Alejandro le resultó exitosa esa estrategia.

Si decimos que la acción de “quemar las naves” no fue para él la consecuencia de un acto alocado o irresponsable sino parte de una estrategia militar, finamente elaborada, entonces desmontemos la estructura en la que descansa dicho suceso y analicemos las consecuencias que tendría para nosotros la decisión extrema de destruir lo único que tenemos para sobrevivir.

Para ello, tendríamos que pensar ¿cuándo podemos deshacernos de nuestras muletas y empezar a caminar solitos? ¿Cuándo las muletas que nos sirven para andar se vuelven un obstáculo para seguir avanzando? Efectivamente, tenemos que saber cuándo es el momento de quemar nuestras muletas.

Hay ocasiones en que tomándonos a nosotros mismos como auténticos guerreros (guerreros espirituales) encaramos la realización de un emprendimiento decisivo como si tuviéramos que ir al frente de una batalla. Contamos con el espíritu aguerrido y nos lanzamos en cuerpo y alma al fragor de nuestra empresa, a luchar como leones, como si verdaderamente fuera para nosotros una cuestión de vida o muerte. Y en cierta manera, lo es. Pues hay en ello implicado mucho de nosotros. Entonces queremos pensar con inteligencia, calcular y predecir cada uno de los pasos a seguir. Y es allí cuando invocamos el espíritu de los grandes guerreros; cuando vienen a nosotros el temple de esos héroes enormes, que tan bien descriptos se hallan en la literatura de las grandes epopeyas, para resolver de una sola estocada y con el genio que los caracterizó, los problemas mundanales que no podemos allanar como simples mortales.

Si nuestro discurso está atravesado por los mitos que encarnamos inconscientemente, Alejandro podría ser la síntesis de los dos más grandes y famosos héroes griegos que ha dado a la humanidad la épica homérica. Nos referimos a Aquiles, de la Ilíada, y a Odiseo, de la Odisea (el Ulises latino).

Alejandro parece haberse imbuido con los mismos atributos y características de personalidad y temple que Virgilio extractó de cada uno de ellos (de Aquiles y de Ulises) para construir a su propio héroe, Eneas, el protagonista de su más grande obra, La Eneida. Eneas es un personaje nuevo y diferente. Virgilio lo construye para ser el fundador de la estirpe romana. Eneas es el modelo, el ideal de hombre y guerrero. Alejandro, por momentos, pareciera transitar en esta misma línea, ¡si hasta se le creía de origen divino! Fantásticos mitos se tejieron en torno a sus hazañas, y durante la Antigüedad y la Edad Media surgieron numerosos relatos y poemas que versaban sobre su figura. Con una personalidad y trayectoria que terminaron fascinando a la posteridad, ya en vida se convirtió en leyenda.

Pero lo cierto es que Alejandro es el prototipo del héroe humanizado, sus defectos y debilidades lo llevaron a ser un dios totalmente humano. Su rica y compleja personalidad hizo que, lejos de mantener una conducta estable y moderada, se pasara la mayor parte de las veces desbandado por los excesos, crueldades y desatinos que cometía con sorprendente naturalidad, más característicos de los protagonistas de la Ilíada y la Odisea que del piadoso, pacífico y sensible héroe Virgiliano. Sin embargo, cuando manda quemar las naves, Alejandro parece haber incorporado sabiamente las virtudes esenciales de Aquiles y de Ulises, y hecho de ellas una combinación armoniosa, perfecta, inmaculada.

Si estamos cruzados por los mitos (relatos de hechos fantásticos), en Alejandro se ve claramente la presencia de dos formas opuestas y complementarias de proceder, dos estilos diferentes de abordar un mismo hecho, precisamente cuando decide acabar con sus navíos como una extraña forma de impulsarse a la batalla.

Digámoslo de este modo: Alejandro recurrió primero al Ulises que llevaba dentro (el representante del pensamiento reflexivo y racional) para estudiar y calcular estratégicamente la importancia de mantener las naves esperando a su regreso, y después, cuando finalmente llegó a la conclusión de que tenía que destruirlas, echó mano del Aquiles que habitaba en su interior (el representante de la emoción impulsiva e irracional) para incendiarlas con frío y despreocupado temple.

Mientras el espíritu de Ulises volvía a Alejandro prudente y calmado, dándole la sensatez suficiente para pensar fría y minuciosamente los pormenores de su plan, el de Aquiles lo hacía duro e implacable, otorgándole como un don la insensibilidad, no solo para ser despiadado consigo mismo y con sus propios soldados (al quedar sin el amparo del refugio), sino también para borrar del mapa a todos sus buques de guerra con inflexible determinación.

Si estamos interiormente compactos y contamos con un intenso deseo -como el que tenía Alejandro-, entonces sí podríamos liberar el Aquiles que llevamos dentro para que, en un arranque de eufórico apasionamiento, nos impulse a quemar nuestras naves tal como el gran estratega quemó las suyas. Porque mantenerlas ocultas y a nuestra secreta disposición, como ya dijimos, marcaría el inicio de nuestro derrumbe. Pero si ocurre al revés, y hay una grieta en nuestro interior y nuestro deseo, brilla por su ausencia, entonces sería inteligente dejar que el Ulises que hay dentro de nosotros nos demuestre racionalmente la importancia de mantener al menos algunas de ellas, escondidas y listas para usarlas, en caso de necesitarlas. Sería una locura acabar con todas nuestras naves y quedarnos a la deriva, totalmente desprotegidos, cuando todavía no contamos con los recursos suficientes ni la disposición espiritual que tenía el joven Alejandro.

INDICE

- 1-Creer o no creer
- 2-¿Imposible o imposibilidad?
- 3-¿El poder de la fe o el poder del deseo?
- 4-¿Es ciega la fe?
- 5-Mahoma, levántate y anda
- 6-La fe de Alejandro
- 7-Quemar las naves, ¿locura o genialidad?

Hugo Cuccarese

HUGO CUCCARESE